



NACIONAL

La luz del mundo según Jiménez Lozano

Valentí Puig
Escritor y articulista





La desidia con la que se ha glosado la muerte de José Jiménez Lozano (1930-2020) es lo de menos porque, mientras el diablo posmoderno tramaba la deconstrucción de todo, soplaban en los rescoldos de lo políticamente correcto o le reponía la cadera al optimismo antropológico, ahí estuvo aquella –su– literatura que, página tras página, como esos centinelas de frontera que vocean el santo y seña en la noche, preservaba los enlaces sacros entre fe, libertad y belleza. Cuando aparecieron los drones para sustituir el caballo del que Pablo de Tarso se cayó camino de Damasco, Jiménez Lozano dijo adiós a la fatigosa desfachatez de la vida intelectual en España y hoy da sus paseos de media tarde entre los pavos reales de Flannery O’Connor y viejos recodos de Ávila, esa ciudad para el otoño. Un ser galáctico y vibrante llamado Simone Weil, desde el pedregal del Gólgota le dejó dicho que “la fatiga y la muerte, si el hombre las sobrelleva con presteza de espíritu, constituyen un aporte a la corriente del Sumo Bien que es la obediencia de Dios”.

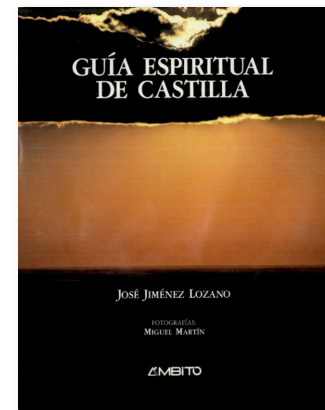
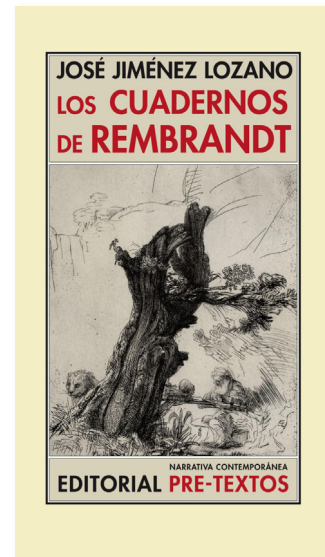
Con los años, Jiménez Lozano se creció en su percepción tenebrista de la Historia y, aunque fiel a una lectura temprana de Erasmo y a toda luz de “un resplandor indiscernible”, advertía de tantos siniestros umbrales de la modernidad y recordaba aquel escándalo permanente que Mauriac refería a la “inutilidad aparente de la Redención”. En *Los cuadernos de Rembrandt* (2010) compara la Europa ya poshumanista del siglo XXI con el lapso entre la caída de Roma y la expansión del Islam, tan lejos de la civilización de las viejas libertades. Al mismo tiempo, sus poemas siguen trazando vuelos de pájaros tranquilos en el aire celeste. Chocan las civilizaciones y seguimos, de cada vez más desasistidos, el atajo que lleva a la nada.

¿Es Castilla el gen de esa gran prosa que transcurre entre la *Guía espiritual de Castilla* (1984) y sus últimos libros de notas? Su caudal léxico nos llega desde aquel rincón de la Vía Láctea donde entre judíos, moros y cristianos cristalizaba una rara tolerancia. Es una prosa límpida y a la vez grávida que en sus cruces eminentes es, sin más, el “grand style”. Como en sus poemas aurales, de hombre que toma posesión del mundo con las primeras luces, el lenguaje no es que tenga que servir sino que es “para ser servido”. Es uno de los últimos escritores de España en entender la grandeza que hay en el presunto puntillismo de Azorín, cuanto más olvidado cuanto más se le limita a administrar los ocios de la hidalguía. La palabra de Jiménez Lozano nunca abandonará esa Castilla que es “una lejana memoria de gentes con yelmo y espada, dos monjas cruzando presurosamente una plaza empedrada de guijarros, el toque del avemaría en el crepúsculo y un canto a lo lejos como una melopea litúrgica islámica o hebrea”. No puede seguir siendo de otra manera mientras fragores de batallas virtuales zumban en las videoconsolas.



Aunque sea perder el tiempo, hay que recordar las novelas que se editaban a inicios de aquellos años setenta, hipotecadas por el realismo al sesgo y la ideología, para comprender hasta qué punto perdura, desde la soledad, la indagación en la espiritualidad que fue la novela *Historia de un otoño* en 1971, y que sigue siéndolo porque la obra de Jiménez Lozano parte de la libertad y el deber de ir a contracorriente. El escritor se nutre de la inspiración y el estilo, en connivencia incoercible con el “maître à penser”, que es lo que va de un poema de Jiménez Lozano a sus “Cartas a un cristiano impaciente” publicadas en el semanario *Destino* y que tiene una sorprendente eclosión de madurez en *Historia de un otoño*.

La novela reaviva esa contraposición magnética entre la existencialidad jansenista en el monasterio femenino de Port-Royal, cuya abadesa es la “mère Angelique”, y la artillería argumental de la orden jesuita y del Luis XIV que reina en la perfección de Versalles. En la línea de fuego entre la gracia divina y el libre albedrío, el jansenismo iba a perder aquel combate del espíritu que implicó a los poderes temporales y que proponía una rigurosa recristianización –fundamentalista de raíz–, mientras los jesuitas deseaban imponer una inserción del cristianismo en el mundo –a veces, mundo mundano, poder terrenal–. Jiménez Lozano lo cuenta con una asombrosa madurez histórica y moral, a la luz del arzobispo de París, el cardenal Noailles, árbitro entre dos extremos del espíritu, del poder y la gloria, a quien Luis XIV envía a Port-Royal para que aquellas monjas de rigor altanero firmen un formulario de acatamiento. Ellas no renuncian a la conciencia y al final Port-Royal –según tan bien explicó Sainte-Beuve– es derruido en 1710. Pascal había escrito, con audaz violencia dialéctica, *Las cartas provinciales* tomando partido por el Port-Royal del abate Saint-Cyran, de quien Pedro de Arteche publicó una biografía en 1959. Si Agustín de Hipona, Pelagio o Jansenius especulan ardientemente sobre la libertad de elegir y la gracia, Pascal lanza, como en una gigantomaquia, la furia de las “Provinciales”

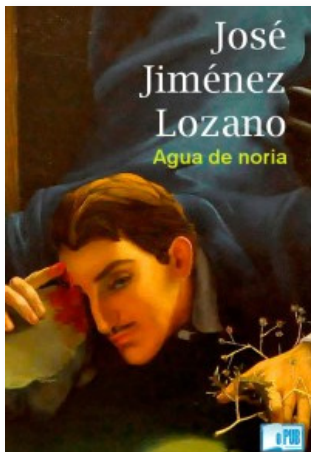


► **En *Los cuadernos de Rembrandt* (2010) compara la Europa ya poshumanista del siglo XXI con el lapso entre la caída de Roma y la expansión del Islam, tan lejos de la civilización de las viejas libertades**

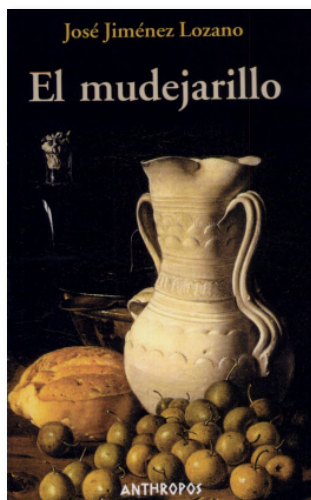


► **Como en sus poemas aurorales, de hombre que toma posesión del mundo con las primeras luces, el lenguaje no es que tenga que servir sino que es “para ser servido”. Es uno de los últimos escritores de España en entender la grandeza que hay en el presunto puntillismo de Azorín**

contra los jesuitas que reprochaban a los jansenistas sobrecargar la culpa para esquilmar la libertad. En las trincheras de la Contrarreforma, al igual que el “affaire” Dreyfus marca el siglo XIX francés, el jansenismo es el gozne del “Grand Siécle”, como conjuro contra la inmensa corrupción humana y la inútil resistencia a la gloria absolutista de Luis XIV con el beneplácito de Roma en su oposición a los rezos rigoristas de Port-Royal. Dicho sea de paso, no vayamos a errar prefiriendo Montaigne a Pascal.



En la biografía de *Juan XXIII*, editada en 1973, escribe sobre el momento de sucesión de Pío XII en 1958. Entonces había –dice– un muro de separación entre la Iglesia y el mundo, una crisis porque el mundo moderno con toda su complejidad acuciante “había nacido de espaldas a la Iglesia en el mejor de los casos, cuando no frente a ella, y ésta parecía haber optado, durante el siglo XIX sobre todo, por permanecer simplemente a la defensiva o por lanzar anatemas contra ese mundo”. La Iglesia, en fin, estaba hablando un lenguaje ininteligible para las gentes y vivía en una psicosis de miedo. Uno se pregunta qué va de su presencia como cronista en la Roma del Vaticano II y de las “Cartas a un cristiano impaciente” a la catolicidad de hoy, a la Iglesia post-Ratzinger y a la descristianización de Occidente.



Y si regresamos a la tragedia moral de *Los cementerios civiles* (1978) es como si la desmemoria hubiese asolado la continuidad de una nación en conflicto histórico, pedazos de tierra para la vieja intolerancia en un país que no había acertado a conjugar razón y fe. ¿Qué tiene que ver la España de hoy con la España en la que Jiménez Lozano escribe su ensayo esencial? Dijo luego que cuando se desmorona una civilización, se desmorona todo y no se puede escoger en medio de la riada. Aun así, los libros de Jiménez Lozano seguirán sobresaliendo de entre las aguas



enturbiadas, como esos campanarios que se salvan de la inundación. Según dice en uno de sus poemas, en las noches de otoño enciendes una candela y esperas: “¿Qué otra cosa/podrías hacer, si solo eres/un hombre?”.

Como narrador, suponía que el “humus” de la historia que se cuenta “puede estar y está, de hecho, en donde menos puede pensar el escritor mismo: esa narración se hunde en su vida entera”. Por eso no hay que mentir, “sobre todo si se fabula”. *Agua de noria* (2008) fue su primera novela de detección, casi una parábola. En *El mu- dejarillo* (1992) convierte a Juan de la Cruz en ficción como había hecho con Pablo de Olavide en *El sambenito* (1972).

En una época en la que lo trascendente estorba en la literatura minimalista, sus dietarios están escritos por la imposibilidad de hurtar el cuerpo a “la seriedad ante lo real y el enigma humano” porque, de lo contrario, ratifi- camos la cultura posmoderna que no tiene respuestas porque ni tan siquiera atiende a esas preguntas. Esos dietarios, imprescindibles, demuestran hasta qué punto la literatura de Jiménez Lozano se abstiene de “ego”, de la tentación narcisista porque está mucho más atento a la dificultad de reconciliar –como escribió Les- zek Kolakowski– los dos dogmas que son que Dios es omnipotente, y por tanto su voluntad no puede ser des- baratada, y que los seres humanos son responsables de su condena o de su salvación.

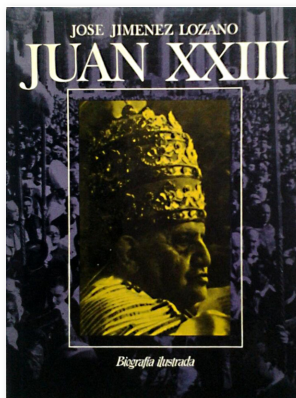
Si se trataba de dejar una impronta de luz, nos quedan los libros del escritor in- deleble que es José Jiménez Lozano, “maître à penser” entre despojos ideoló- gicos, hombre “justus” que anduvo buscando su manantial, la gruta y el árbol. ¿Será



► **Si regresamos a la tragedia moral de *Los cementerios civiles* (1978) es como si la desmemoria hubiese asolado la continuidad de una nación en conflicto histórico, pedazos de tierra para la vieja intolerancia en un país que no había acertado a conjugar razón y fe**



► Los libros de Jiménez Lozano seguirán sobresaliendo de entre las aguas enturbiadas, como esos campanarios que se salvan de la inundación. Según dice en uno de sus poemas, en las noches de otoño enciendes una candela y esperas: “¿Qué otra cosa/podrías hacer, si solo eres/un hombre?”



que la esperanza es indestructible? Sigamos leyendo a quien, de muchacho, al acercarse en autobús de gasógeno a Ávila creía estar viendo una Constantinopla.

Bibliografía comentada

- *Los cuadernos de Rembrandt (2005-2008)*. Editorial Pre-textos. Valencia, 2010. 240 páginas.
- *Guía espiritual de Castilla*. Ámbito ediciones. Valladolid, 1984. 304 páginas.
- *Historia de un otoño*. Destino. Barcelona, 1971.
- *Juan XXIII*. Ediciones Destino. Barcelona, 1974.
- “Cartas a un cristiano impaciente” (1964-1980). Destino. Barcelona.
- *Los cementerios civiles*. Seix Barral. Barcelona, 1978. 376 páginas.
- *Agua de noria*. RBA Libros. Barcelona, 2008. 256 páginas.
- *El mudejarillo*. Anthropos. Barcelona, 2013. 176 páginas.
- *El sambenito*. Ediciones Destino. Barcelona, 1972. 196 páginas.

faes
FUNDACIÓN

Suscripción a *Cuadernos de Pensamiento Político*:
www.fundacionfaes.org/pay/confirmBuy?id=6362

Suscripción a la *newsletter*:
www.fundacionfaes.org/es/newsletter

C/ Ruiz de Alarcón, 13. 2ª planta
28014 Madrid
Tlf 915 766 857
info@fundacionfaes.org
fundacionfaes@fundacionfaes.org

DONACIONES

Multimedia

